

# Sobre el guerrillerismo

Presentación, por Eugenio Greco

El triunfo de la revolución cubana fue una conquista colosal del movimiento de masas que instauró el primer estado obrero en América Latina, a muy pocos kilómetros del más poderoso imperialismo del planeta. Pero, al mismo tiempo, provocó entre los luchadores antiimperialistas de nuestro subcontinente una adhesión amplísima a la que, según Castro y el Che Guevara, habría sido la estrategia victoriosa: el «foco» guerrillero. Miles de jóvenes en casi todos nuestros países asumieron como suya la concepción guerrillera y tomaron las armas. Quince años después, esa generación de revolucionarios había sido aniquilada. Tal fue el resultado, sin ninguna excepción, de las experiencias de Yon Sosa en Guatemala y Douglas Bravo en Venezuela, los Tupamaros uruguayos, el ERP y los Montoneros argentinos. De la Puente Uceda en el Perú, Marighela en Brasil y el propio Che en Bolivia. En muchos países, el accionar guerrillero fue, también, un catalizador fundamental de golpes de estado fascistoides, que causaron durísimas derrotas al movimiento obrero y de masas; tal el caso, por ejemplo, de la Argentina y el Uruguay.

Entre las corrientes que se reclaman socialistas cundió también la borrachera guerrillera, que abarcó desde organizaciones pequeñoburguesas como el MIR chileno hasta toda un ala del trotskismo encabezada por Mandel. En cambio, el guerrillerismo fue combatido, desde la derecha, por los partidos comunistas y, desde la izquierda, por la tendencia trotskista encabezada por el Socialist Workers Party de los Estados Unidos y el Partido Socialista de los Trabajadores (PST) de la Argentina. Esta tendencia, que constituyó la Fracción Leninista Trotskista, se dividiría años más tarde. El SWP norteamericano giró 180 grados y hoy reniega de aquellas posiciones. Nuestra corriente, las sigue defendiendo.

Los argumentos con que los estalinistas y los trotskistas de la FLT combatíamos la concepción y estrategia guerrilleras eran, por supuesto, opuestos por el vértice. Los estalinistas preconizaban por aquel entonces la existencia de una «etapa» burguesa y antifeudal de la revolución latinoamericana, a la cual había que defender frente al «fascismo». Semejante definición los conducía a frenar todo tipo de lucha, fuera guerrillera o de masas, en todos lados: defendieron a Batista contra Castro y a Somoza contra los sandinistas; paralizaron a los trabajadores chilenos bajo Allende para no desestabilizar lo que denominaron «vía chilena» de la revolución, es decir, la «vía pacífica al socialismo».

Nuestra corriente, al tiempo que combatía esta concepción etapista y reformista de los estalinistas, sostenía que el triunfo de la revolución sería fruto de la movilización de masas, y no de las acciones de una élite de combatientes guerrilleros aislados. Las catástrofes de Chile en un polo y las desventuras guerrilleras en el otro nos dieron la razón.

Tras la derrota de estas guerrillas castro-guevaristas de la «primera época», el guerrillerismo prácticamente desapareció de América Latina. Los escasos sobrevivientes o bien quedaron moral y políticamente deshechos, o bien terminaron de asesores de gobiernos burgueses con vestiduras izquierdistas. Este último triste fin fue, por ejemplo, el de Béjar en Perú ocupando altas funciones bajo el régimen militar de Velasco Alvarado, y el de Régis Debray, asesor del gobierno imperialista de Mitterrand. El propio líder montonero argentino Firmenich, desde la cárcel, sólo levanta su voz para pedir un lugarcito en la estructura de un partido burgués reaccionario como es el peronismo.

Se podría pensar que el guerrillerismo estaba definitivamente acabado en Latinoamérica. Pero no fue así. El triunfo de la revolución nicaragüense ha vuelto a impactar en el mismo sentido sobre sectores importantes de la juventud antiimperialista. Han renacido las guerrillas, como lo demuestran el FMLN en El Salvador, el M-19 y otros grupos en Colombia, Sendero Luminoso en el Perú... Ante esta realidad, quienes combatimos el guerrillerismo en el pasado, denunciándolo como un callejón sin salida para los revolucionarios latinoamericanos, que sólo podía llevarles a una muerte heroica pero inútil y a provocar derrotas para el movimiento de masas, debemos salir

nuevamente al cruce de una política y estrategia tan nefasta para los trabajadores latinoamericanos y los luchadores antiimperialistas.

Las Tesis que presentamos a continuación son sólo un primer paso en el duro debate que se reinicia. Como no tienen un carácter concreto sino de reafirmación general de los principios del socialismo obrero revolucionario, queremos, en esta introducción, señalar algunos aspectos particularmente importantes de la realidad de las revoluciones dirigidas por organizaciones guerrilleras o que hicieron guerrillas.

### **¿Quién hace la revolución? ¿La guerrilla o las masas?**

Desde Mao en adelante parece darse casi una ley: cuando triunfa una revolución cuya dirección fue guerrillera o hizo guerrillas, se produce y generaliza una concepción equivocada: quien triunfó fue la guerrilla, no el movimiento de masas. Sin embargo, la realidad indica lo contrario: jamás triunfó una organización guerrillera en base a su estrategia guerrillera (más bien siempre fueron derrotadas); siempre que hubo triunfos revolucionarios ellos fueron producto de grandes movilizaciones revolucionarias de masas. Algunas direcciones, como la castrista, ocultaron esa realidad; otras, como la sandinista, la reconocieron. Pero así fue.

En el caso chino, la «Gran Marcha» fue en realidad una gran huída. Desde el punto de vista militar, el PC estaba cada vez peor, casi derrotado, aunque mantenía una poderosa influencia como partido político. Lo que salvó a Mao fue, paradójicamente, la invasión japonesa. Toda China se levantó contra los japoneses. En toda ciudad, pueblo o aldea chinos surgieron organismos de resistencia al invasor, en los cuales participaban desde los trabajadores y campesinos hasta importantes sectores de la burguesía. Mao, inteligentemente, volcó su partido hacia esas organizaciones de masas de resistencia y ese fue el secreto de su victoria. Mao fue, sí, la dirección política de la revolución china. Pero no por haber hecho guerrillas -independientemente de que ello fuera necesario en su momento como táctica militar defensiva-, sino por el papel político que jugó como dirección del multitudinario levantamiento de las masas contra el imperialismo japonés.

La experiencia cubana tiene elementos comunes con la china. Las dos acciones guerrilleras que reivindicó Fidel Castro, el asalto al Moncada y el desembarco del Gramma, terminaron en sendas catástrofes militares. Pero Castro era un gran dirigente político de masas, la máxima figura de izquierda de un partido burgués de masas opositor a Batista, el Partido Ortodoxo. Fue el levantamiento contra la dictadura batistiana de los semiproletarios agrícolas y los campesinos pobres primero y de la clase obrera y el pueblo urbano después, quienes dieron su fuerza al Ejército Re-belde, desmoralizaron a las tropas del régimen y, por medio de la huelga general, abrieron las puertas de las ciudades fundamentales de Cuba al triunfo total de la revolución.

Guevara, que se declaraba discípulo de Mao y de su estrategia de «Guerra Popular Prolongada», de la periferia hacia el centro, del campo hacia la ciudad, extrajo de la experiencia cubana conclusiones opuestas a la realidad. Quizás por no ser él mismo un dirigente político de masas, teorizó esas falsas concepciones llevándolas al extremo. De allí surgió la teoría del «foco» guerrillero: la simple instalación de un reducido grupo de combatientes en alguna zona de difícil acceso para el ejército ya era el comienzo de la revolución; ese pequeño grupo iría ganando el apoyo de la población local y extendiendo su acción hasta convertirse en un ejército y pasar de la guerra de guerrillas a la guerra convencional contra el ejército enemigo. En el esquema del Che, las condiciones objetivas eran necesarias sólo en el sentido de que hubiera una gran miseria de las masas y un régimen odiado; lo demás venía solo, como producto de la voluntad y heroísmo combatiente de un puñado de luchadores. La disposición o no de las masas a entrar en lucha no era tomada en cuenta por la estrategia foquista como un factor objetivo. Por supuesto, el Che reconocía la necesidad de un apoyo de masas para que la guerrilla triunfara. Pero ese apoyo se lograría a fuerza del voluntarismo de los combatientes, no como una disposición de las masas para salir a la lucha. Era, en ese sentido, claramente antileninista, ya que Lenin siempre ubicó a la movilización

revolucionaria de las masas como un factor objetivo, independiente de la voluntad de los revolucionarios.

La influencia de esta teoría y estrategia castro-guevarista impregnó a todos los guerrilleros latinoamericanos. Es cierto que el auge de las luchas urbanas a fines de los '60 y durante los '70 (estallido estudiantil-popular de México en 1968, «Cordobazo» argentino de 1969, etc.), junto a varias derrotas de la guerrilla rural, hicieron surgir una variante guerrillera urbana. Pero ella se basaba en los mismos principios que el foquismo rural guevarista: la «propaganda armada», es decir el terrorismo urbano «enseñaría» a los trabajadores y al pueblo de las ciudades la necesidad de la lucha armada y los llevaría a apoyar a la guerrilla.

En el caso nicaragüense, los sandinistas estaban divididos en diferentes alas, desde la «Proletaria» que preconizaba las acciones urbanas, hasta la denominada «Guerra Popular Prolongada», más cercana a la ortodoxia maoísta. Pero todas ellas, tras largos años de combates contra Somoza, estaban diezmadas y reducidas a su mínima expresión. En las vísperas mismas de la revolución nicaragüense, entre todas, sumarían 50 o 100 militantes. Estando la guerrilla sandinista militarmente casi acabada, estalló la insurrección de las masas tras el asesinato de Chamorro. El sandinismo se lanzó a la ofensiva, pero si bien ella sirvió para distraer fuerzas gubernamentales hacia los frentes del sur y del norte, no fue esa ofensiva militar la que dio el triunfo a la revolución. Somoza cayó por la acción insurreccional de las masas urbanas, a la cual frecuentemente los destacamentos armados del sandinismo llegaban tarde o directamente no llegaban. Pero el sandinismo, que tuvo el gran mérito político, no militar, de ser opositor intransigente y enemigo mortal de Somoza, fue visto por las masas como su dirección política. El pueblo insurrecto se llamaba a sí mismo «sandinista», aunque no hubiera presente un solo militante ni combatiente sandinista. La dirección sandinista vio el proceso insurreccional y, abandonando toda teoría guerrillera, se volcó hacia él, ganándose el papel de dirigente político de la revolución.

Tuvo, además, el gran mérito y honestidad de reconocer la realidad tal cual fue. El comandante sandinista Luis Carrión señaló: *«El elemento predominante de nuestra guerra ha sido la insurrección»*. El comandante Joaquín Cuadra relató: *«Estallaban miniinsurrecciones espontáneas que demostraban una gran combatividad y una extraordinaria firmeza por parte de las masas, mientras que las estructuras políticas y mitares de vanguardia experimentaban un notorio retraso»*. El comandante Javier Carrión sintetizó: *«La guerra se ganó prácticamente por la participación del pueblo, sin eso, nosotros no habiéramos hecho gran cosa»*. Y el propio comandante Ortega dijo: *«...el peso fundamental de la lucha armada lo llevó nuestro pueblo... Podríamos decir que las masas estuvieron permanentemente insurrectas... La insurrección popular en Nicaragua... fue un fenómeno que parió todo el pueblo y fundamentalmente nuestros más humildes, más explotados y oprimidos trabajadores del campo y la ciudad... Fueron nuestras masas las que le dijeron a su vanguardia, el Frente Sandinista: ¡Esta es la forma de luchar. Nosotros, la vanguardia, no hicimos más que ponernos al frente de esa voluntad, de esa decisión, de esa creatividad popular»* (Citado por Leonel Giraldo, *Centroamérica entre dos fuegos*. Norma, Bogotá, 1984, pp. 33-35).

Lo mismo que hemos dicho de China, Cuba y Nicaragua podríamos demostrarlo en cualquier otra revolución triunfante, con dirección política guerrillera o sin ella. No es una organización militar la que hace una revolución; las revoluciones las hacen las masas. No es una dirección militar la que dirige una revolución; las revoluciones las dirigen direcciones políticas es decir, organizaciones o líderes con quienes las masas identifican políticamente sus intereses.

Por esa razón, mantenemos con más fuerza que nunca tras el triunfo de la revolución nicaragüense que es absolutamente necesario combatir políticamente la estrategia guerrillera y a las organizaciones que la defienden y la llevan a la práctica. Si son las masas las que hacen las revoluciones, toda prédica, propagandística o práctica (a través de acciones) de que es una ínfima minoría de guerrilleros la encargada de hacer la revolución es un factor de profunda desmovilización del movimiento de masas, va en contra de la revolución.

Es obligación de los marxistas decirle la verdad a las masas: ¡Son ustedes y sólo ustedes los que pueden solucionar sus problemas si se movilizan en forma multitudinaria y apelando a todos los

métodos para luchar contra los explotadores, el imperialismo y el gobierno de turno! ¡No hay pequeño grupo ni minoría, por más heroica que sea, que los salve de la miseria y la represión! ¡Hagan ustedes la revolución, porque es necesaria, porque no hay otro camino y porque nadie la va a hacer por ustedes! ¡Las minorías fracasan! ¡Ustedes, la mayoría pueden y deben vencer!

### **El problema militar**

Todo lo anterior no niega una verdad de a puño: no hay revolución que destruya el aparato de estado existente, en particular a las fuerzas armadas, si no se desarrolla un aparato militar de la revolución. Este punto abre el segundo gran debate con los guerrilleros.

El guerrillerismo tiene una concepción elitista y acumulativa, gradualista de la cuestión del armamento. Elitista porque no ve el armamento como armamento de las masas, es decir como armamento de las organizaciones de masas, sino como armamento de «la vanguardia», esto es, de la propia organización guerrillera. Gradualista porque concibe el armamento como un proceso acumulativo, de menor a mayor, que comienza con el armamento del grupo que inicia la guerrilla y culmina en el armamento de un «ejército popular» capaz de enfrentar y derrotar al ejército burgués en una guerra convencional.

Nuestra concepción es opuesta y está sintetizada en el documento que estamos introduciendo, cuando decimos que, si el proletariado quiere armarse no hay nadie que se lo pueda impedir, y que si no quiere hacerlo, no hay nadie que lo logre. Esto es extensivo a cualquier otro sector del movimiento de masas, por ejemplo los campesinos.

Hace ya muchos años, en la polémica con los guerrilleros de la «primera época», pusimos como ejemplo el caso boliviano. El 21 de agosto de 1971, el general Banzer lanzaba su golpe de estado ultrarreaccionario contra el débil gobierno populista del general Torres. Sectores del movimiento de masas salieron a enfrentar el golpe en las calles, y a ellos se sumaron las organizaciones guerrilleras bolivianas. Fueron derrotados, pero lo que aquí interesa es qué sucedió en esas pocas horas con el problema del armamento. Así relató lo ocurrido Hugo González Moscoso, un dirigente trotskista fanático de la guerrilla: «La lucha fue feroz y heroica: más de 5.000 combatientes —pero el 90 por ciento de ellos sin armas... A último momento, el asalto a un depósito de armas nos proporcionó 1.300 rifles de la guerra del Chaco... («Our rol in battling against the military coup», *Intercontinental Press*, New York, 1/11/71, Número 38, vol. 9).

El balance está claro. Entre el Ejército de Liberación Nacional, el Partido Obrero Revolucionario (Combate) de González y el resto de los grupos guerrilleros, que se venían preparando desde hacía entre 5 y 10 años para la «lucha armada», sólo habían logrado reunir 500 armas (el 10 por ciento de 5.000 combatientes). Pero cuando entró a tallar el movimiento de masas, logró, en cuestión de horas, 1.300 fusiles.

Este caso no es excepcional, sino la regla de todas las revoluciones. Los obreros revolucionarios rusos, en pocos meses, lograron enormemente más armas que todas las que acumularon durante décadas los terroristas rusos. La propia experiencia nicaragüense lo confirma: los insurrectos de las ciudades se armaban como podían pero en forma masiva, sin necesidad de esperar las armas de los sandinistas. Estos, por su parte, si tenían muchas armas no era como producto de una acumulación, sino de la ayuda de la socialdemocracia europea y algunos gobiernos burgueses latinoamericanos, que afluyó hacia ellos *después* de que comenzó la insurrección masiva en Nicaragua y no antes. Y si estos gobiernos, enemigos mortales de toda revolución, enviaron tal ayuda a los sandinistas, ello sucedió por la presión y simpatía de las masas mundiales a favor de una revolución contra el odiado Somoza. El propio armamento sandinista fue, pues, un producto indirecto de la movilización de masas.

Esto demuestra que el armamento es, ante todo, una tarea política que, como tal, depende estrechamente de la disposición a la lucha del movimiento de masas. Por eso mismo no se produce en forma gradual, sino a través de un salto espectacular, cuando son las propias masas las que se proponen armarse. Entonces, no hay quien pueda detenerlas, ya que son trabajadores quienes están

en las fábricas de armas y son trabajadores uniformados quienes las manejan y las almacenan en los arsenales. Esto último podría discutirse en el caso de ejércitos superprofesionales de mercenarios, como dicen que era la Guardia Nacional somocista. No conocemos lo suficiente como para tomar posición en ese caso concreto, pero sí es público el testimonio del propio Castro de cómo, a medida que se desmoralizaba el ejército batistiano, comenzaban a pasarse sectores de la tropa hacia el Ejército Rebelde.

Allí radica otra diferencia central con el programa militar de los guerrilleros. Ellos prácticamente no tienen política hacia la base del ejército burgués: su línea maestra es ir a una guerra de ejército contra ejército. El leninismo, en cambio, plantea no una sino dos herramientas para el armamento de las masas: por un lado la creación de destacamentos de autodefensa y milicias de trabajadores; paralelamente, la actividad política sobre la base del ejército para ganarla para la revolución oponiéndola a la casta contrarrevolucionaria de los oficiales.

Esta actividad requiere de consignas propias, específicas, que defiendan los intereses, reivindicaciones y derechos sindicales y políticos de la tropa, frente al verticalismo militar, la prepotencia de los oficiales y el intento de utilizarla como carne de cañón contra el pueblo. En síntesis, un programa de transición para desarticular al ejército burgués ya que, como decía Trotsky, la insurrección no es una lucha contra el ejército sino *por* el ejército.

Tomada así, como tarea política que es, el leninismo se opone a la concepción guerrillera de construcción de un aparato militar por fuera del movimiento y las organizaciones de masas. Sostiene como principio la construcción de un aparato militar, sí pero *de* las organizaciones de masas. Tal fue el caso del Comité Militar Revolucionario del Soviet de San Petersburgo, que fue quien realizó la insurrección de Octubre. Un ejemplo que se vio confirmado en infinidad de oportunidades, entre otras con la construcción de las milicias sindicales y campesinas que derrotaron al ejército burgués durante la revolución boliviana de 1952. Lo mismo podríamos decir de las organizaciones barriales de masas que hicieron la insurrección contra Somoza en Nicaragua.

### **¿Guerra rural o insurrección urbana?**

Queda en pie una última cuestión en la que nos interesa detenernos, el carácter claramente urbano que va adquiriendo cada vez más la revolución en toda América Latina. Los guerrilleros más ortodoxos se niegan directamente a reconocerlo, como ocurre con el ELN colombiano, que sigue adhiriendo a la concepción de la «guerra popular prolongada» al estilo maoísta. Sin embargo, esta tendencia es una realidad palpable, como ya dijimos, desde fines de la década de los '60.

La revolución bajo la forma predominante de una guerra campesina o rural dominó claramente en el norte de América Latina desde, como mínimo, la revolución mexicana de comienzos de siglo (que, según algunos autores, fue campesina en el norte, pero del proletariado rural -no organizado como clase sino en los pueblos- en la zona de Zapata). Así se dieron desde el movimiento de Sandino hasta la revolución cubana, pasando por la guerra civil en Colombia, conocida como «la violencia». (En el Cono Sur latinoamericano, en cambio, los procesos revolucionarios y la lucha de clases en general, tuvieron desde fines del siglo pasado un carácter claramente urbano y proletario, debido al desarrollo industrial y al peso específico y tradición de la clase obrera. En algunos países del Cono Sur (Perú, Brasil, Bolivia) hubo o hay también un fuerte componente campesino o rural, pero no es lo dominante).

Sin embargo, hace ya dos décadas que en toda América Latina, incluyendo el norte, la revolución es predominantemente urbana, reflejando, entre otras cosas, el fulminante proceso de concentración de la población en grandes ciudades como San Pablo, Río de Janeiro, Lima, Bogotá, México, etcétera.

En El Salvador, el gran auge revolucionario, infinitamente más poderoso que la actual guerrilla rural del FMLN, fue el proceso urbano y obrero que derrocó al general Romero pocos meses después de la caída de Somoza. Si ahora domina la escena la guerrilla rural, ello se debe a la traición del estalinismo, que compartió el gobierno con el coronel Majano y desmovilizó a las

masas, permitiendo el rearme de la contrarrevolución y el genocidio de la vanguardia revolucionaria salvadoreña en las ciudades. Por esa razón, como medida defensiva ante una derrota causada por un crimen político, cobró auge la actual guerrilla. Pero todo indica que el proceso vuelve a desplazarse hacia las ciudades y hacia el movimiento obrero.

En Colombia, un país de gran tradición guerrillera rural de masas, el mayor suceso revolucionario de las últimas tres décadas fue el paro cívico nacional de 1977, una movilización con eje casi absoluto en las ciudades.

Si esto es así, si la revolución latinoamericana asume un carácter claramente urbano y en la mayoría de los países nítidamente obrero, la actualidad de la insurrección como vía para la revolución se hace evidente. Que ella se dará combinada con todo tipo de luchas y métodos, guerrilleros y no guerrilleros, en el campo, es una verdad absoluta. Pero que no habrá triunfo de la revolución sino a través de una insurrección victoriosa en las ciudades es una verdad tanto o más importante que la anterior. En consecuencia, las enseñanzas de los bolcheviques, de quienes los trotskistas ortodoxos nos consideramos herederos, acerca del carácter, el programa, la táctica y el programa militar de la revolución, se hacen más actuales que nunca. Para recuperar esas enseñanzas y hacerlas carne en la vanguardia de luchadores revolucionarios latinoamericanos y en el movimiento obrero y de masas, el debate contra la concepción y estrategia guerrilleras es una necesidad impostergable.

### **Lo nuevo: el guerrillerismo estalinista**

En este debate ha entrado a terciar, al lado de los guerrilleros auténticos, un segundo contrincante: los partidos comunistas latinoamericanos. Ellos han pasado de enemigos acérrimos a admiradores entusiastas, propagandistas y, en algunos casos -PC salvadoreño, FPMP chileno- actores de la guerrilla. Este brusco giro a la izquierda, que abarca muchos otros aspectos de la política de los PCs latinoamericanos y del «tercer mundo», fue dictado por poderosas razones. Las revoluciones cubana y nicaragüense se hicieron no sólo al margen sino en contra de los PCs. El ascenso revolucionario de las masas y el surgimiento de direcciones independientes de tipo pequeñoburgués revolucionario, como los sandinistas y en su momento Castro, hicieron sonar las sirenas de alarma en el Kremlin. La vieja política de la burocracia soviética y sus agencias en el extranjero de impedir la revolución defendiendo directamente a regímenes monstruosos como los de Batista y Somoza, ya no servía. La revolución cubana pudo ser la excepción que confirma la regla; pero una segunda revolución triunfante, la nicaragüense, ya era demasiado. Por eso abandonaron la vieja política y dieron el giro.

La esencia del giro a la izquierda del estalinismo podría resumirse de la siguiente forma: si ya no podemos impedir las revoluciones oponiéndonos frontalmente a ellas, destruyámoslas desde adentro. Para eso, en lugar de seguir acusando a las direcciones guerrilleras y al resto de la izquierda de ultras y provocadores a sueldo del imperialismo, unámonos a ellos en un frente de izquierda; participemos de las luchas, incluso armadas, en vez de oponernos a toda lucha; por esa vía, con paciencia y aparato, terminaremos controlando nosotros.

Esta nueva táctica ya le ha dado al estalinismo un éxito importante en El Salvador. Los guerrilleros salvadoreños odiaban a los regímenes proimperialistas y querían destruirlos, igual que los sandinistas odiaban y querían destruir a Somoza. Pero desde que el PC salvadoreño se unió a ellos en la guerrilla y comenzó a controlarla, el programa del FMLN ha ido bajando de tono hasta llegar a su propuesta actual: ya no se habla de liquidar a Duarte sino de establecer un «diálogo nacional» para «reorganizar» al gobierno genocida. En el camino quedó el cadáver de uno que se oponía: Salvador Cayetano Carpio.

En otra oportunidad podremos detenernos en todos los aspectos políticos y programáticos del giro a la izquierda del estalinismo latinoamericano. Lo que aquí queremos enfatizar es que el nuevo auge del guerrillerismo que estamos viviendo puede tener efectos mucho más nefastos que la oleada anterior, precisamente porque ahora el estalinismo lo apoya e interviene en él.

La estrategia guerrillera, criminalmente equivocada, expresa las limitaciones de clase de honestos luchadores, apasionados por hacer una revolución. Lo mismo podría decirse del entusiasmo por la guerrilla que se ha despertado en la base de los PCs., revolucionaria ferviente, aunque engañada por su dirección.

La dirección estalinista, en cambio, es fría y concientemente contrarrevolucionaria. Propagandizar o hacer guerrilla es un buen negocio para ella precisamente porque es una estrategia que no conduce a la revolución sino a su derrota. La guerrilla impide o dificulta que los trabajadores se autoorganicen y movilizan democráticamente, ya que impone una organización militar. Eso es precisamente lo que los estalinistas necesitan para poder seguir siendo una burocracia. La guerrilla da una salida hacia afuera de la clase trabajadora a miles de luchadores impacientes por hacer una revolución. Eso le conviene a los burócratas para que no surja una dirección revolucionaria de la clase obrera y las masas.

Por el prestigio de la dirección sandinista y por el refuerzo que significa el cambio de posición del estalinismo, el combate político contra el guerrillerismo de quienes estamos por la revolución socialista y por la construcción de un partido obrero revolucionario que la conduzca, debe ser y será encarnizado. Derrotar la concepción y estrategia guerrillera es imprescindible para evitar nuevos y sangrientos contrastes de los trabajadores y un nuevo exterminio de otra generación de luchadores honestos y valientes.

# Tesis sobre el guerrillerismo

*Por Nahuel Moreno (Miguel Capa), Eugenio Greco y Alberto Franceschi*

1. El programa del trotskismo es hacer la revolución socialista mundial, movilizándolo en forma permanente a la clase obrera hasta lograr la destrucción del sistema imperialista mundial, la toma del poder por la clase obrera internacional y la construcción del socialismo a nivel mundial. Para llevar adelante este programa, el trotskismo se plantea la construcción de la Internacional, el Partido Mundial de la Revolución Socialista, sin cuya conducción la revolución socialista mundial no podrá triunfar. Por eso, las dos únicas estrategias generales del trotskismo son: la movilización permanente de la clase obrera y las masas para la toma del poder y la construcción del partido. En relación a su programa y sus estrategias, todo lo demás es táctico. No tenemos acuerdos programáticos ni estratégicos con ninguna corriente, movimiento, tendencia o partido cuyo programa, organización y/o metodología sean opuestos a la movilización independiente, democráticamente autoorganizada y permanente de los trabajadores a nivel internacional y nacional y a la construcción de la Internacional y sus secciones nacionales.

2. La revolución obrera socialista, como toda revolución en la historia, también es popular. La clase obrera no puede tomar y ejercer el poder si no es con la movilización y el apoyo de la mayoría de la población, es decir, sin la alianza de los trabajadores con las masas populares no proletarias explotadas y oprimidas por el sistema capitalista imperialista, sus regímenes y gobiernos. Para ganar para la revolución a los sectores sociales populares, la clase obrera debe levantar un programa que satisfaga sus reivindicaciones, así éstas no sean socialistas, como hizo Lenin al sustituir la consigna socialista de la nacionalización de la tierra por la consigna campesina, pequeñoburguesa de reforma agraria con expropiación de los terratenientes y reparto de la tierra. Puesto que la dictadura del proletariado, para poder mantenerse, deberá contar con el apoyo del campesinado y los sectores populares urbanos, la alianza de clases deberá expresarse también en la política económica de transición de la clase obrera.

La necesidad de la alianza obrero-campesina-popular para hacer la revolución socialista e instaurar la dictadura del proletariado se expresa, en el terreno político, en la obligación del partido obrero revolucionario de realizar una política de alianzas con las direcciones políticas de esas clases y capas sociales. Esas alianzas no sólo son lícitas, sino imprescindibles para movilizar a las masas y tomar el poder. Así lo demuestra la experiencia de los bolcheviques, que debieron pactar con los Socialistas Revolucionarios de Izquierda para llevar a los soviets al poder en Rusia en 1917 con el apoyo del campesinado.

Pero esta política de alianzas sólo conduce a la revolución socialista si la clase obrera y su partido revolucionario se mantienen independientes, actuando como dirección, como caudillo de todo el pueblo. Esto es así porque las direcciones pequeñoburguesas y burguesas son enemigas mortales de la movilización permanente y democráticamente autoorganizada de los trabajadores, de la toma del poder por éstos y de la revolución socialista. Toda alianza con esas direcciones es, por lo tanto, táctica, momentánea, un acuerdo para la acción común. Su objetivo es movilizar a las masas en la forma más amplia posible. Solo puede y debe realizarse cuando esas direcciones encabezan, promueven o abren una brecha para la movilización de masas. Y está destinada a romperse apenas esas direcciones traicionen al proceso revolucionario, como es inevitable por su carácter de clase. Así ocurrió también en Rusia, donde los Socialistas Revolucionarios de Izquierda rompieron rápidamente con los bolcheviques y se pasaron a combatir en el campo de la contrarrevolución contra el poder soviético.

Por esta razón, nuestros acuerdos con direcciones pequeñoburguesas y burguesas por objetivos comunes progresivos tienen un doble carácter: impulsar la movilización de masas y, al mismo tiempo, combatir a esas mismas direcciones, denunciando sistemáticamente su inconsecuencia y, en su momento, su traición a la movilización. Por eso, cualquier acuerdo que hagamos, para que sea principista, exige la más completa independencia y delimitación de nuestro partido, así como la crítica sistemática a los aliados temporarios, para desplazarlos como dirección del movimiento de masas y ganar nosotros la dirección.

Dentro de esta línea general, privilegiamos los acuerdos con procesos y sectores obreros y con las alas críticas, rupturistas de las organizaciones pequeñoburguesas y burguesas.

**3.** El surgimiento de direcciones pequeñoburguesas independientes del estalinismo que han dirigido revoluciones triunfantes, como fue en su momento el castrismo y es ahora el sandinismo, puede llevarnos al error de creer que con estas direcciones y sus organizaciones nos une una estrategia común: la de hacer la revolución política contra el régimen burgués de turno e independizar al país del imperialismo. Sería un error grave, ya que no tenemos ninguna estrategia común con esas direcciones pequeñoburguesas independientes del estalinismo. Ellas, como cualquier dirección pequeñoburguesa, oscilan entre la burguesía y la clase obrera. Juegan, ora un papel progresivo, ora un papel reaccionario. Pero a la larga es inevitable que traicionen a la revolución, en algún punto del proceso revolucionario, por esa profunda razón de clase: son pequeñoburguesas.

Para nosotros, la revolución política es un momento de la revolución socialista. Por eso si bien podemos coincidir con ellas en derribar a una dictadura proimperialista, no coincidimos en quién debe reemplazarla. Ellas están totalmente dispuestas, como lo demostraron el castrismo con Urrutia y el sandinismo con Chamorro y Robelo, a sustituir la dictadura por un gobierno burgués de colaboración de clases. Nosotros luchamos para que tome el poder la clase obrera para hacer la revolución socialista. Y, si podemos, lo hacemos de inmediato ya que lo peor que le puede pasar a una revolución es quedar estancada en la «etapa» de la revolución política democrática, como también lo demuestra Nicaragua. Lo único que nos une a estas direcciones es que los dos estamos en contra del régimen dictatorial, pero estamos tajantemente divididos en lo que estamos a favor: ellos un nuevo gobierno burgués, nosotros un gobierno obrero y campesino. No hay, por lo tanto, ninguna estrategia común.



Incluso si esas direcciones, acorraladas entre el ascenso de masas y la agresión imperialista, se ven obligadas contra su voluntad a expropiar a la burguesía y establecer un estado obrero, como hizo Castro, tampoco tenemos con ellas una estrategia común. Para nosotros, las revoluciones nacionales son momentos de la revolución socialista internacional. La constitución de estados obreros tiene como objetivo fundamental y prioritario construir una palanca poderosísima para ayudar al desarrollo de la revolución mundial. Esas direcciones, precisamente por ser pequeñoburguesas, son nacionalistas, no internacionalistas. Cuando toman el poder, hacen lo imposible por no expropiar y no ponen jamás el país al servicio de la extensión de la revolución. Y, si expropián, establecen un régimen totalitario para desmovilizar a las masas y dedicarse a «construir el socialismo en su propio país». No hay, en consecuencia, ninguna coincidencia estratégica, por cuanto nuestra estrategia es opuesta a la de ellos: instaurar en el estado obrero un régimen leninista, el único que, apoyándose en la autoorganización y movilización democrática de los trabajadores, tiene como finalidad central el desarrollo de la revolución socialista internacional.

4. La diferencia entre las direcciones pequeñoburguesas independientes y los aparatos tradicionales es que las primeras, en algunas coyunturas, sí quieren hacer una revolución, así sea solamente contra un régimen odiado, en tanto que los segundos son conscientemente contrarrevolucionarios. Por eso reivindicamos a las direcciones pequeñoburguesas independientes, si se mantienen consecuentes con su propio programa, como grandes luchadores y héroes de la revolución democrática y antiimperialista, mientras denunciarnos a los burócratas y estalinistas como contrarrevolucionarios.

Pero esta diferencia no nos puede ocultar que las direcciones pequeñoburguesas independientes, por ese carácter de clase, están mucho más cerca de la burocracia y del estalinismo que de nosotros. Sólo así se explica que Castro se haya incorporado al aparato estalinista mundial; que los sandinistas, sin haberse incorporado, apliquen fielmente la política que les aconseja el estalinismo; y que los guerrilleros salvadoreños estén siendo controlados por el estalinismo aun antes de haber triunfado la revolución democrática antiimperialista, y ya no proponen terminar con Duarte, sino compartir el gobierno con él, es decir ya no son consecuentes ni siquiera con hacer la revolución democrática antiimperialista. En conclusión, si bien es cierto que con las direcciones pequeñoburguesas independientes podemos recorrer juntos un trecho del camino más largo del que podemos recorrer con el estalinismo, no deja de ser eso, un trecho en el camino. Pero no estamos de acuerdo en la estrategia, es decir, a dónde debe conducir ese camino.

Por esa razón, nuestra política de alianzas con las direcciones pequeñoburguesas independientes, es igual que con el estalinismo, la burocracia sindical e incluso con direcciones burguesas nacionalistas: se reduce estrictamente a los acuerdos para la acción común, manteniendo nuestra total independencia política y organizativa, para movilizar a las masas y desplazarlos como dirección.

5. El hecho de que las direcciones independientes cumplan un rol más progresivo en algún período de la lucha de clases que el estalinismo y demás aparatos contrarrevolucionarios no significa que sean la mejor dirección posible de los sectores populares aliados del proletariado. Los trotskistas no abandonamos a esos sectores sociales a disposición de esas direcciones pequeñoburguesas independientes. Nosotros luchamos para que sea la clase obrera la que dirija a sus aliados, lo cual significa desplazar de la dirección de los sectores populares no proletarios a las direcciones pequeñoburguesas —guerrilla incluida—. Queremos que los campesinos pobres, el proletariado rural, la pequeña burguesía urbana empobrecida, los marginales, el semiproletariado, etc., reconozcan como su dirección a la clase obrera y a su dirección revolucionaria trotskista o trotskizante, no a las organizaciones pequeñoburguesas. Esto implica, entre otras cosas, que los trotskistas no aceptamos que los sectores populares no obreros sean un coto privado de las direcciones pequeñoburguesas. Nuestro objetivo es que haya fracciones campesinas, pequeñoburguesas bajas, etcétera, trotskistas (aunque no tengamos fuerzas para llevarlo a la práctica

si nuestro partido es pequeño), que combatan a las organizaciones burguesas, pequeñoburguesas y burocráticas en todos los sectores sociales, explicándoles que sólo bajo la dirección y el gobierno de la clase obrera lograrán destruir al régimen odiado y satisfacer sus reivindicaciones.

6. Toda política de alianzas implica acuerdos entre direcciones. Esos acuerdos pueden ser simples unidades de acción, frentes u organizaciones comunes. A diferencia de los acuerdos, que sólo comprometen al partido a luchar por el punto común sobre el cual se acordó, los frentes ya implican la existencia de una dirección, es decir cierto grado de centralismo, y de organismos de base comunes. Por esa razón, el trotskismo jamás baraja, ni siquiera como hipótesis, hacer un frente, ni mucho menos una organización revolucionaria común, con organizaciones no obreras, sean ellas burguesas o pequeñoburguesas, ya que ello significaría que estaríamos dispuestos a aceptar la disciplina de esas organizaciones o, lo que es lo mismo, la pérdida de la independencia del partido y de la clase obrera ante organizaciones no proletarias.

En cambio, sí aceptamos o impulsamos frentes u organizaciones comunes con otras direcciones u organizaciones obreras. Estamos en los sindicatos y en los soviets, que son frentes más o menos permanentes de la clase obrera, y es obligatorio que estemos. Podemos ser parte incluso de un partido obrero con direcciones obreras burocráticas proburguesas o estalinistas frentepopulistas para arrancar a una clase obrera atrasada del sometimiento a los partidos burgueses y conquistar la independencia política del proletariado.

En estos frentes, si son de masas o incluso si reflejan un fenómeno muy progresivo y dinámico de la vanguardia obrera, podemos llegar a disciplinarnos a ellos. Si, además, el funcionamiento es democrático, nuestra disciplina puede llegar a ser casi total. Nunca nuestra disciplina es total, ya que un frente obrero puede aplicar una política contraria a nuestros principios: no apoyamos ni nos disciplinamos a un sindicato de los maestros blancos norteamericanos, aunque sean la gran mayoría de los maestros, si exigen que se segregue a los maestros latinos; no apoyamos ni nos disciplinamos a los sindicatos norteamericanos que manifestaban en apoyo a la guerra imperialista en Vietnam.

Estos frentes obreros son frentes y no simples acuerdos porque tienen cierto grado de centralismo, una dirección, organismos de base comunes donde las diferentes corrientes o fracciones luchan por imponer sus políticas y que nosotros aspiramos y peleamos para que sean democráticos, cierta permanencia en el tiempo, etcétera.

También podemos hacer acuerdos políticos con direcciones obreras contrarrevolucionarias o reformistas, de la misma forma que los hacemos con direcciones burguesas y pequeñoburguesas. Tanto los frentes como los acuerdos con direcciones obreras contrarrevolucionarias o reformistas tienen el mismo doble objetivo que los acuerdos que hacemos con direcciones no proletarias: movilizar a las masas y tratar de desplazar a esas direcciones. Estamos en los sindicatos para movilizar a los obreros y destruir a la burocracia. Estamos en los soviets para movilizar a los trabajadores hacia el poder y desplazar a las corrientes reformistas que participan en el soviets. Estamos en un partido laborista para defender la independencia política de la clase y para desplazar a su dirección colaboracionista. Y hacemos un acuerdo como el del MAS y el PC argentinos (el Frente del Pueblo) para movilizar y hacer avanzar la conciencia de nuestra clase y ganarle la dirección de la vanguardia al PC.

7. El Frente Único Revolucionario, en cambio, es un frente entre nuestra organización trotskista y las corrientes obreras de vanguardia que evolucionan hacia nuestro programa. Es una transición hacia el partido obrero revolucionario. Si el frente cuaja, rápidamente tenderá a transformarse en partido obrero revolucionario. Lucharemos para que sea permanente y se organice en forma centralista democrática. Esto quiere decir, entre otras cosas, que nuestra disciplina a él será absoluta, ya que tenderemos a disolver nuestra organización.

Al igual que los acuerdos con direcciones no proletarias y de los frentes y acuerdos con direcciones obreras contrarrevolucionarias, el Frente Único Revolucionario busca la movilización de las masas. Pero es una táctica que se inscribe en la estrategia de construcción del partido. Por

esta razón, se diferencia de aquéllos en que no queremos destruir a las organizaciones obreras revolucionarias con las que hacemos el Frente Único Revolucionario, sino fortalecernos todos haciendo un partido único. Sí, en el desarrollo de nuestra política de Frente Único Revolucionario, la evolución de esas corrientes se detiene y cristalizan como centristas, el Frente Único Revolucionario se rompe y los centristas se convierten en un nuevo obstáculo para la construcción del partido y deben ser tratados como tales: acuerdos para movilizar a las masas y destruirlos a ellos.

**8.** Si bien los acuerdos y frentes que realiza el partido trotskista son tácticas en función de sus estrategias fundamentales de movilizar a las masas para la toma del poder por el proletariado y construir el partido, como principio general esas tácticas son obligatorias. Uno de los principios del trotskismo y el leninismo, que lo diferencia de los ultraizquierdistas y sectarios es precisamente la obligatoriedad de todo acuerdo o frente que ayuda a la movilización de las masas y/o a la construcción del partido.

Pero este principio se combina y supedita a otro: nuestra política no va dirigida a las direcciones, organizaciones o sectores de vanguardia del movimiento obrero a quienes les planteamos acuerdos o frentes o sobre los cuales queremos trabajar para ganarlos para el partido. Por el contrario, nuestra política y consignas son dictadas por las necesidades que surgen objetivamente de la movilización de las masas y, tomando en cuenta su conciencia, buscan tender un puente entre esa movilización y las tareas socialistas. Por eso, en cada coyuntura de la lucha de clases, el trotskismo levanta un programa de transición que arranca de las necesidades de la clase obrera y las grandes masas populares.

Todo intento de definir nuestra política y consignas a partir de las líneas, inquietudes o necesidades de las organizaciones con las cuales hacemos acuerdos o frentes o de los sectores de vanguardia sobre los cuales privilegiamos la actividad para construir el partido, es revisionismo vanguardista. Nos lleva a alejarnos de la clase obrera y a capitular a sectores no proletarios, u obreros oportunistas o centristas y nos impide movilizar a las masas hacia el triunfo de la revolución socialista.

Por eso mismo, nuestra relación con las organizaciones con las cuales hacemos frentes o acuerdos y con los sectores de vanguardia sobre los cuales trabajamos es la crítica sistemática a sus posiciones, la confrontación de nuestra política y consignas, extraídas de las necesidades de las masas y de su movilización, con las consignas y políticas de esas organizaciones y sectores de vanguardia.

Nuestra corriente tiene una larga tradición de lucha contra el vanguardismo mandelista y contra una de sus expresiones más criminales: la capitulación a las organizaciones guerrilleras. Esa batalla es uno de los jalones fundamentales en nuestro. Si bien las actuales guerrillas y fenómenos de vanguardia no son idénticas a las de la primera época castrista, las conclusiones generales de esa lucha hacen parte de la tradición y los principios de nuestra corriente.

**9.** Para aplicar correctamente la política de alianzas y toda otra política trotskista es imprescindible hacer claras definiciones de clase y políticas de las organizaciones y direcciones que actúan sobre el movimiento de masas y su vanguardia. El trotskismo rechaza toda definición de clase que tome en cuenta sólo una característica o elemento: programa, composición social de la base, procedencia social de la dirección, forma organizativa, u otra. Todos estos elementos hacen parte de la definición, pero las dos características centrales son la dirección y la política.

El problema de clase de la dirección no es su origen social, sino si esa dirección se propone construir o no una organización obrera orgánicamente independiente de la burguesía. Si se lo propone, es una dirección obrera y su organización es una organización obrera. Puede ser una dirección obrera sindical, estalinista, electoralista, sindical-burocrática, sindical-revolucionaria, bolchevique, pero es obrera. Si se propone organizar a todos aquéllos que están dispuestos a votarla en las elecciones, o a hacer acciones armadas, o a cualquier otra cosa, sin importarles la clase social,

no es una dirección obrera, sino burguesa o pequeñoburguesa. El hecho de que su base pueda ser mayoritariamente obrera, como es el caso, por ejemplo, del peronismo argentino, no cambia el carácter de clase de la organización y de su dirección, sólo la hace más nefasta y peligrosa.

El problema político se sintetiza en la pregunta: ¿qué le propone esa dirección a la clase obrera? Según la respuesta a esta pregunta puede ser una dirección obrera de derecha y proburguesa, como la burocracia sindical argentina, o proburguesa colaboracionista de clases, como la socialdemocracia, estalinista, clasista centrista, etc... Sólo es dirección obrera revolucionaria si es trotskista, es decir si levanta el programa de la revolución socialista internacional, o trotskizante, es decir si es dinámica, va cada vez más hacia la izquierda, tiende hacia nuestro programa.

De estos dos elementos, el que prima, el punto de partida para toda definición, es el carácter de clase. Definir a una organización a partir de una política coyuntural o un programa escrito más o menos radical es un error grave que nos arrastrará inevitablemente al oportunismo. Es decir, nos dejará desarmados, a nosotros y a nuestra clase, cuando esa dirección u organización cometa la inevitable traición al proceso revolucionario que se desprende inexorablemente de su carácter de clase no proletario.

**10.** Las organizaciones y direcciones guerrilleras no son obreras, sino burguesas o pequeñoburguesas, por el solo hecho de ser guerrilleras. Su dirección no se propone construir una organización obrera en la clase obrera, sino organizar a todos los que estén de acuerdo en hacer guerrillas, a servir de base a la guerrilla o a apoyar a la guerrilla. Su línea demarcatoria no es la clase obrera, sino los individuos de cualquier clase que quieran tomar las armas. Su programa y su política es hacer la guerrilla.

Las organizaciones guerrilleras son un fenómeno distinto a los partidos políticos que, eventualmente, hicieron guerrillas, como fue el caso, entre otros muchos, del PC chino, el castrismo y el PC vietnamita. Todos ellos eran partidos que, aunque en algún período asumieron la guerrilla como forma fundamental de lucha, la supeditaron al partido. Las organizaciones guerrilleras no se supeditan a ningún partido, sino que ellas supeditan a sus organizaciones y militantes «de superficie». Cuando las organizaciones guerrilleras desarrollan una organización «de superficie», sindical o política entre los trabajadores o la juventud, ella es el brazo político de la organización guerrillera. La organización guerrillera no es, pues, el brazo armado de un partido político (obrero o no), sino a la inversa. Los Montoneros argentinos, por ejemplo, tuvieron una numerosa Juventud Trabajadora Peronista llena de extraordinarios luchadores sindicales, así como una juventud universitaria, secundaria, barrial, etcétera. Cualquiera de ellas sumaba muchos más miembros que los combatientes montoneros. Pero cuando Firmenich dio la orden de pasar a la clandestinidad y relanzar la guerrilla, todos esos militantes, sin voz ni voto, acataron la orden y abandonaron a su suerte a los trabajadores y a la juventud.

Al hacer de la guerrilla un programa y una estrategia permanente, las organizaciones guerrilleras jamás pueden ser definidas como organizaciones obreras, ya que, como sostenía Lenin: «[...] *el partido del proletariado jamás puede considerar que la guerra de guerrillas sea el único medio de lucha, ni siquiera el principal; que este método debe estar subordinado a los otros, debe guardar proporción con los principales medios de lucha y estar ennoblecido por la influencia ilustrativa y organizadora del socialismo. Sin esta última condición, todos, absolutamente todos los métodos de lucha empleados en la sociedad burguesa aproximan al proletariado a los diversos sectores no proletarios, situados por encima o por debajo de él [...]*» (Lenin, *Obras Completas*, “La guerra de Guerrillas”. Progreso, Moscú, 1983, tomo 14, pág. 10).

Las organizaciones guerrilleras son enemigas de la organización obrera. No vuelcan sus dirigentes, que muchas veces son extraordinarios luchadores, a organizar a los trabajadores, a construir en la clase obrera un partido, un sindicato, un soviét, sino que los vuelcan a organizar a los guerrilleros. Peor aun, utilizan a la clase obrera, si intervienen en ella, como abastecedora de combatientes, sacando así de la clase (y enviando a la muerte) a valiosísimos activistas y luchadores y debilitando así la organización de la clase obrera. Y cuando no los sacan físicamente, los sacan en

su actividad, ya que los usan como apoyo, para guardar armas o llevarlas, para hacer propaganda clandestina a favor de la guerrilla, etcétera; de esta forma esos luchadores obreros no pueden, por razones elementales de seguridad, hacer ninguna o casi ninguna actividad de organización política ni sindical de la clase obrera.

El desarrollo de las luchas obreras puede provocar crisis entre los activistas y dirigentes de las organizaciones «de superficie» de la guerrilla que más reflejen a los trabajadores, al constatar que las órdenes de los «comandantes» son nefastas para su clase. Esa crisis puede llevarlos incluso a romper con la organización guerrillera. Es una obligación nuestra intervenir en esa crisis para profundizarla y ganar valiosísimos individuos o grupos revolucionarios. Pero eso no nos debe llevar a confundir a la guerrilla con una organización obrera, ya que es exactamente lo opuesto.

**11.** Su carácter de clase pequeñoburgués hace de la organización guerrillera una enemiga de la movilización permanente y democráticamente autoorganizada de la clase obrera y el movimiento de masas. Como cualquier organización pequeñoburguesa, oscila entre la clase obrera y la burguesía, y pasa de la lucha más furiosa a las treguas más infames, por ejemplo la que firmaron los Montoneros argentinos con el gobierno burgués de Cámpora en 1973 o el M-19 colombiano con el de Betancur en 1982. No educa a la clase obrera en que confíe sólo en sus propias fuerzas y en la movilización de sus aliados bajo su dirección, sino que le crea falsas ilusiones de que sus problemas se solucionarán por la acción de un puñado de combatientes heroicos. No quiere, bajo ningún concepto la autoorganización democrática de los obreros, ni del pueblo urbano, ni de los campesinos, sino que busca encuadrarlos en una estructura militar cerradamente totalitaria. No les dice a los trabajadores que deben ser ellos quienes tomen el poder, sino que la apoyen para que sea ella, la organización guerrillera quien tome el poder. Y, si logra tomar el poder, hace lo mismo que cualquier organización pequeñoburguesa: instaura un régimen bonapartista, de férreo control sobre el movimiento de masas para evitar que se siga movilizándolo y de un cerrado nacionalismo opuesto a la extensión de la revolución a la región y al mundo.

La organización guerrillera es enemiga de la movilización permanente de las masas, también, porque sus acciones provocadoras desatan o sirven de excusa para desatar violentas represiones y hasta golpes de estado, que cercenan o hacen desaparecer las libertades democráticas arrancadas por el movimiento de masas y que, para los trotskistas y para Lenin, son herramientas formidables para la organización y despliegue amplio de la verdadera lucha de clases.

Por todas estas razones, la organización guerrillera es enemiga mortal de una estrategia fundamental del trotskismo: la movilización permanente y democráticamente autoorganizada de los trabajadores. El trotskismo, por el contrario, aunque nunca eleva a la guerrilla a forma fundamental y permanente de lucha, la acepta como una táctica justa cuando, en determinados momentos, ayuda a la movilización de las masas.

**12.** La organización guerrillera es también enemiga de la segunda estrategia fundamental del trotskismo: la construcción de la Internacional y sus secciones nacionales. Al sacar de la clase obrera a valiosos dirigentes y cuadros revolucionarios, al empujar a la clase obrera a la pasividad vía la espera de los combatientes salvadores, al provocar la represión y el golpe, las organizaciones guerrilleras refuerzan el peso de los aparatos contrarrevolucionarios en el seno de la clase obrera, en primer término del estalinismo. Sacar a gran cantidad de activistas combativos o revolucionarios del seno de su clase para llevarlos al monte o a la guerrilla urbana, facilita enormemente la tarea de todas las burocracias obreras ya que esos mismos activistas, volcados a la lucha antipatronal y antiburocrática podrían ser el fermento y dirección de la rebelión contra la burocracia y su aniquilamiento.

Por estas razones, la organización guerrillera es uno de los peores enemigos de la construcción del partido. Y cuanto más influencia tenga en la vanguardia obrera, más peligrosa es como enemigo. Incluso un partido oportunista de masas es más fácil de combatir que la guerrilla, ya que, por la presión de la base, puede verse obligado, por ejemplo, a convocar una huelga general aunque no

quiera. Y con la huelga general la clase actúa como clase, se temple y renueva el activismo, se hace más fácil construir el partido. La organización guerrillera, en cambio, puede salir a una huelga general que nadie quiere, provocando una derrota y mayor represión, como sucedió en Colombia el 20 de junio de 1986. El partido oportunista de masas deja a la clase obrera y a los activistas en su lugar, aunque tratando de mantener pasiva a aquella y burocratizar o reprimir a éstos. Pero la guerrilla saca a la clase obrera de su lugar, haciéndola mirar hacia sus acciones espectaculares, y saca de la clase obrera a los activistas molestos para la burocracia.

Combatir la política guerrillera es imprescindible para poder construir el partido. Si la guerrilla tiene una gran influencia en el movimiento obrero o en su vanguardia, hasta tanto no hayamos destruido esa influencia no habrá ninguna posibilidad de construir un partido obrero revolucionario de masas, ni siquiera un fuerte partido de vanguardia, ya que actuará como un canal de desvío de los activistas que rompen con la burocracia tradicional, llevándolos fuera de su clase y apartándolos del partido.

**13.** Las organizaciones guerrilleras son terroristas. En la casi totalidad de los casos, sus acciones no ayudan al desarrollo de la movilización, la organización y la conciencia de las masas. La guerrilla hace una «guerra de bolsillo» contra la burguesía y su estado, exactamente opuesta a la guerra civil, en la cual la movilización obrera y de masas asume formas armadas, guerrilleras (en el sentido técnico del término), insurreccionales o de guerra convencional entre ejércitos como fue la guerra civil en Rusia. Las acciones terroristas de la guerrilla, al ser decididas por su propia cuenta, provocan confusión cuando no repudio del movimiento de masas. Al no tomar en cuenta a las masas, las acciones guerrilleras desatan o sirven como excusa para desatar una represión del régimen absolutamente desproporcionada con el nivel real de movilización, organización y conciencia de aquéllas; las masas quedan inermes, desorganizadas y no preparadas para enfrentar esa represión. Cada acción de la guerrilla, salvo las contadísimas excepciones en que, por casualidad, ayudan a la movilización, desorganiza, desmoviliza y desarma a los trabajadores. Por estas razones, los trotskistas no sólo no apoyamos esas acciones, sino que nos deslindamos tajantemente de la guerrilla y denunciarnos ante los trabajadores su carácter desmoralizador, desmovilizador y desorganizador. Nuestra única obligación de principios en relación a la guerrilla es defenderla de la represión del régimen burgués.

Las únicas acciones guerrilleras que apoyamos son las que se ajustan estrictamente al criterio leninista: «[...] que no haya, en absoluto, ‘expropiaciones’ de bienes privados; que no se recomiendan las ‘expropiaciones’ de bienes del Estado y sólo se toleren bajo control del partido, transfiriendo los fondos para las **necesidades de la insurrección**. Que se recomienden los actos de guerrillera en forma de terrorismo contra los opresores integrantes del Gobierno y los elementos activos de las centurias negras, siempre que: 1) se tenga en cuenta el estado de ánimo de las grandes masas; 2) se tomen en consideración las condiciones del movimiento obrero local; 3) se procure no dilapidar inútilmente las fuerzas del proletariado [...]» (Lenin, *Obras Completas*, “La guerra de guerrillas, pag. 10/11). Por lo tanto, los trotskistas no apoyamos jamás en general las acciones guerrilleras y, en particular, las repudiamos ante las masas en la inmensa mayoría de los casos.

**14.** El armamento del proletariado es parte de nuestro programa. Como cualquier otra tarea, no está planteada en forma práctica sino cuando el proletariado o sectores importantes de él empiezan a entender su necesidad y se proponen armarse. Si el proletariado decide armarse, no hay fuerza en el mundo que se lo impida; y si no está dispuesto a hacerlo no hay fuerza en el mundo que lo logre. Cuando la agudeza de la lucha de clases le plantea al proletariado objetivamente la necesidad de armarse, pero éste aún no lo entiende o no está dispuesto a hacerlo, el partido no puede ir más allá de explicarle pacientemente que debe armarse, hasta que lo comprenda y pase a la acción.

El programa militar del proletariado es opuesto al de las organizaciones guerrilleras. Estas sostienen que hay que construir un ejército que se enfrente al ejército burgués; los trotskistas

levantamos los comités de autodefensa en la perspectiva de la milicia obrera, y el trabajo sobre el ejército burgués para separar a su base popular de su cúpula contrarrevolucionaria, arrastrar a la primera hacia el campo de la revolución y, confluyendo con las milicias obreras, hacer una insurrección, no una guerra de ejército contra ejército. La necesidad de construir un ejército sólo se plantea a partir de la constitución del estado obrero o de la existencia de una auténtica guerra civil antes de la conquista del poder, la cual implica la existencia de zonas geográficas en las cuales ya gobiernan los trabajadores.

Dado que el programa militar de la organización guerrillera es opuesto a la creación de la milicia obrera, al trabajo sobre el ejército burgués y a la insurrección, tal programa y las acciones que la guerrilla efectúa, no acercan al proletariado a las armas, sino que lo alejan de ellas. La guerrilla es un obstáculo absoluto para nuestro programa militar trotskista de armamento del proletariado. Es, en consecuencia, inadmisibles, que el trotskismo pretenda «educar» al proletariado en la necesidad de armarse haciendo propaganda favorable a la guerrilla y sus acciones. Es, por el contrario, imprescindible denunciar a la organización guerrillera y sus acciones ante el movimiento de masas si verdaderamente queremos que los trabajadores se armen.

**15.** Ante el ascenso de las luchas obreras, la guerrilla entra en una profunda crisis. Tal crisis se hace aun más aguda en las organizaciones guerrilleras que desarrollan organizaciones sindicales «de superficie». Los militantes de esas organizaciones se ven sometidos a una doble presión: la de la dirección guerrillera y la de las luchas obreras, que actúan en sentido opuesto. Los cuadros sindicales de la guerrillera se ven obligados a optar entre las necesidades de los trabajadores y las órdenes de los «comandantes». Esta crisis se hará inevitablemente más profunda y explosiva cuando la dirección guerrillera, como cualquier otra dirección pequeñoburguesa, se pase al bando de la burguesía y/o pacte con el estalinismo, como no puede dejar de ocurrir por su carácter de clase.

Es una obligación de los trotskistas intervenir en esa crisis, no para evitarla, sino para profundizarla y desarrollarla. Esto es, para enfrentar a los militantes sindicales, juveniles, etc. de la guerrilla con la dirección guerrillera y llevarlos a romper con ella. Sería no principista incidir en esa crisis planteándole a la organización guerrillera el Frente Unico Revolucionario, ya que éste es imposible con una organización pequeñoburguesa. Por el contrario, tal planteo fortalecería a la dirección guerrillera, a la que daríamos certificado de obrera revolucionaria. No se podía jamás lograr que la JTP o sectores de ella rompieran con Firmenich si nosotros planteábamos hacer un partido obrero revolucionario con Firmenich.

La táctica para profundizar la crisis de la organización guerrillera es, pues, la misma que con cualquier otra dirección burguesa o pequeñoburguesa con influencia entre las masas o la vanguardia obrera: acuerdos para la acción común en el terreno de la lucha de clases; independencia completa de nuestro partido para aplicar una sistemática política de crítica y denuncia ante las masas de las inconsecuencias políticas de la dirección guerrillera y de sus métodos nefastos. En tales acuerdos, los trotskistas debemos privilegiar a los sectores obreros influidos por la guerrilla, lo que puede plasmar en la constitución de una tendencia sindical combativa, antipatronal, antigubernamental y antiburocrática. Nuestra gran lucha es para que estos sectores dejen de acatar a la guerrilla y rompan con ella.

Una consigna transicional en ese sentido debe ser llamarlos a que exijan a la guerrilla que se supedite y discipline a la clase obrera, a sus organizaciones de masas o a la corriente sindical clasista. Esta disciplina tiene un límite, el de los principios: jamás la guerrilla puede verse obligada a desarmarse porque así lo decida la dirección oportunista de una central obrera. Pero si esa central le exige que no haga más acciones, debe acatarla, salvo que sea en legítima defensa. Nuestra propuesta sería que la guerrilla sea uno de los destacamentos armados de la central obrera y ejecute acciones en función de las necesidades de la lucha obrera y los deseos de los trabajadores.

Aunque nunca se ha dado que una organización guerrillera acepte esto, no lo podemos descartar hipotéticamente. Pero ello no ocurrirá, en cualquier caso, sino a través de una dura lucha interna y de la crisis y la división de la organización guerrillera. Los trotskistas debemos ser el polo obrero de

esta discusión, es decir los más clara y enérgicamente enfrentados a la dirección guerrillera en el programa, la política y los métodos.

Sólo si tal ruptura se da habrá posibilidades de concretar un Frente Único Revolucionario con los militantes sindicales de la guerrilla y el hipotético sector guerrillero que se discipline a ellos, ya que se habrían transformado en una corriente obrera. Sin embargo, quedará por ver si son una corriente obrera centrista cristalizada o si evolucionan hacia nuestro programa, ya que si son lo primero tampoco hay posibilidades de Frente Único Revolucionario.